

cion de tribus y comarcas, siempre vencedor en los combates, y aún amagando bajo sus muros la misma capital de los almoravides, la gran ciudad de Marruecos.

Cuando falleció el rey Aly de los almoravides en 1144, se encontraba ya en Africa su hijo y sucesor Taxfin, pues habia pasado desde España para hacer la guerra á los almohades con la flor de su caballería y un cuerpo de cuatro mil mancebos cristianos de Andalucía que servian en la caballería de su guardia y eran muy diestros en las armas.

Deseoso de abatir la soberbia de Abd-el-Mumen, se puso en marcha para buscarlo, con las numerosas fuerzas que allegó, pues habia bajado de los montes de Tedula y sierras de Gomera talando la tierra llana y causando toda suerte de estragos.

«Encaminóse esta desoladora tempestad á las sierras
 »que están entre Fez y Telencen (Tlemesen ó Tremecen)
 »corriendo al mismo tiempo con algaras de veloces caba-
 »llos todas las cabilas moradoras de uno y otro lado: al-
 »canzó el Rey Taxfin estas sangrientas tropas que como
 »hambrientos tigres desolaban cuanto delante se les ofre-
 »cia, y rodeándolos con la muchedumbre de su caballería
 »hizo en ellas horrible matanza, y los Almohades huyeron
 »dejando los campos cubiertos de cadáveres para agrada-
 »ble pasto de aves y fieras. Por este desman fué forzoso
 »al Príncipe Abdelmumen subirse á los montes y enca-
 »ramarse en la fragosidad de aquellas sierras; y el Rey
 »Taxfin le seguía por las Tehamas y espaciosos llanos.
 »De donde procedió que los Almohades, aunque ménos en
 »número se defendian de la muchedumbre con la fortale-
 »za y fragosidad de los montes, y al mismo tiempo abun-
 »daban de provisiones y mantenimiento, que escaseaban
 »mucho en los llanos casi desiertos, para abastecer tantas
 »tropas. Los Berberíes de aquella sierra estaban á devo-
 »cion de Abdelmumen y no conducian provision á los
 »Almoravides. Asentó su campo en los montes de Goma-

»ra, despues pasó á los de Telencen atrayendo de paso á su
 »obediencia las cabilas Zenetes que están en aquella co-
 »marca. El Rey Taxfin que los perseguia llegó con su cam-
 »po á Wadi-Tehlit, y como fuese ya muy entrado el in-
 »vierno asentó allí su campo y se detuvo dos meses, que
 »fueron de tan gran frio, que fué forzoso quemar las ca-
 »bañas y casas, y hasta los palos y astas de lanzas y pa-
 »bellones para repararse y no parecer helados. Luego
 »enderezó Abdelmumen hácia los montes de Telencen,
 »siempre siguiendo los montes y tambien volvió el Rey
 »Taxfin á perseguirle. Abdelmumen puso su campo en
 »la cumbre de los montes que están sobre Telencen, y
 »desde ellos descendian sus algaras á correr la tierra. El
 »Rey Taxfin habia pedido ayuda de gentes á los Beni-Amat
 »de Sanhaga que comarcaban al Oriente de Africa, y le
 »enviaron una poderosa tayfa de caballería y peones. Lle-
 »gó esta gente y salió á recibirla el Rey Taxfin con todos
 »sus principales caudillos. Reunidas estas tropas con las
 »suyas llenaban aquellos campos, y parecian tendidas
 »bandas de langosta en que bien se echaba de ver el po-
 »derío de los Reyes de Marruecos: alegre, maravillosa y
 »estupenda vista, si no estuviera tan cercana la destruc-
 »cion de tanta grandeza. Recibió el Rey Taxfin á los cau-
 »dillos con mucha honra, y les habló de la satisfaccion
 »que le causaba la vista de tan hermoso campo, y trató
 »con ellos de sus intentos de acometer al enemigo, y de
 »socorrer y fortificar la ciudad de Telencen que era la que
 »estaba amenazada. Por otra parte, Abdelmumen estaba
 »oteando desde las altas cumbres de los montes cuanto
 »pasaba en los llanos, y no temia de tan numerosas hues-
 »tes ni le ponian pabor sus infinitas banderas de diferentes
 »colores, ni el estruendo de sus atabales que estremecian
 »la tierra y hacian retumbar los apartados montes.

»Mandó el Rey Taxfin que ciertas tropas ligeras subie-
 »sen hácia la sierra donde estaban los Almohades y subie-

»ron por la parte de Wbad, que está cerca de Telencen, y
 »por ciertos atajos fueron contra los enemigos. Los Al-
 »mohades bajaron al encuentro, y la batalla fué muy san-
 »grienta en aquellos ásperos collados; pero los Almohades
 »rompieron y desbarataron á estas tropas, que descen-
 »dieron despeñándose por aquellas quebradas, y los que
 »pudieron descender á los llanos llenaron de espanto á la
 »muchedumbre del Rey Taxfin, de manera que no fué
 »parte su valor y destreza, ni los esfuerzos de los nobles
 »caudillos para mantener en órden á la multitud que hu-
 »yó vencida más de su propio temor que del ímpetu de
 »los enemigos. Los Almohades aprovecharon la ocasion
 »de este desórden y terror pánico, y mataron mucha
 »gente á los Almoravides, y los persiguieron á lanzadas
 »por aquellos campos.»

Despues de esa desgraciada accion pidió el rey nuevos
 refuerzos, que le enviaron de Africa y España; y juntan-
 do así más poderoso ejército quiso dar batalla campal;
 con cuyo objeto se movió de manera que obligó á Abd-el-
 Mumen á bajar al llano.

«Como Abdelmumen era inferior en número de in-
 »fantería y caballos, *para pelear y defenderse dispuso una*
 »sola batalla de toda su gente en forma cuadrada, y á cada
 »lado sus hileras de valientes con lanzas muy largas que apo-
 »yaban de piés y de manos; detrás de estas hileras de lanceros
 »habia una de escuderos con espadas y grandes pavese y rode-
 »las para cubrirse de los tiros de los contrarios, y detrás de
 »estas órdenes de armados, habia dos hileras de honderos y ba-
 »llesteros, y en el centro y medio de este cuadro quedaba una
 »gran plaza y espacio en que puso toda la caballería, quedan-
 »do así mismo señaladas y abiertas calles donde se debia abrir
 »salida de cada parte á la caballería para salir y entrar con-
 »tra los enemigos, sin daño ni desórden de la infantería.
 »Como Taxfin no deseaba sino la batalla luego ordenó
 »sus haces, y mandó acometer á los Almohades con su

» mayor caballería. El ímpetu y tropel de los Almoravides
 » fué terrible; pero la defensa de las muy largas lanzas
 » impidió que rompiesen el fuerte escuadron, muchos ca-
 » ballos y caballeros quedaron espetados en ellas; volvie-
 » ron sus caballos los Almoravides para tornar á acometer,
 » sin cesar la espesa nube de los honderos y de la balle-
 » tería, y en este punto saliendo los caballeros Almohades
 » por ambos costados los alanceaban en las espaldas, y
 » luego se retraian al centro y plaza de su escuadron,
 » donde se guarnecian como en firme Alcázar, huyendo el
 » tropel de la gran caballería de sus enemigos. Así conti-
 » nuó todo el dia esta sangrienta batalla, y la pérdida de
 » los Almoravides fué tanta que no pudieron mantenerse
 » en la pelea. Toda la caballería estaba herida, y muertos
 » los más valientes soldados; así que la victoria y el cam-
 » po quedó por los Almohades. Acogióse Taxfin á Telen-
 » cen con mucha diligencia, desconfiando ya de la for-
 » tuna de sus armas: reparó sus muros y fortalezas, y
 » cuando el victorioso Abdelmumen fué con su hueste
 » contra la ciudad, la halló muy bien guarnecida y forta-
 » lecida; la cercó y no cesó de dar recios combates, ni se
 » apartó de ella hasta que cansado de la resistencia de los
 » Almoravides y de sus rebatos y salidas en que los suyos
 » recibian mucho daño, levantó su campo y partió hácia
 » Medina Whrán (Orán), dejando alguna gente que man-
 » tuviese el cerco de Telencen. Tenia el Rey Taxfin muy
 » fortificada la ciudad de Whrán, y la miraba como el
 » único asilo que le podia quedar en el mal estado de sus
 » cosas, para en caso necesario hacerse allí fuerte y pasar
 » á España, y habia escrito á su Alcayde de Almería,
 » Abdala-ben-Maymon, para que le tuviese siempre aper-
 » cibidas diez buenas naves en el puerto grande de Whrán
 » para lo que pudiera ofrecerse. Puso Abdelmumen su
 » campo sobre una sierra alta que está sobre Whrán, con
 » ánimo de cercar aquella ciudad y fortaleza. Luego el

» Rey Taxfin con escogida gente salió de Telencen, rompió
 » el campo de Almohades que cercaba la ciudad, y fué
 » á socorrer su asilo y ciudad de Whrán. Llegó á las cer-
 » cañas de ella y asentó su campo á vista de sus enemi-
 » gos, tuvieron muchas escaramuzas en que se peleaba
 » con varia suerte, aunque las más veces con mayor pér-
 » dida de los Almoravides. Dice el autor del *Fen Imamia*
 » por referencia de Aben Matruc Alkisi, que el Rey Taxfin
 » penetró y rompió el campo de los Almohades, y logró
 » penetrar en Whrán; pero como viese que el cerco iba
 » largo, que sus salidas y rebatos no hacian mudar de
 » propósito á su enemigo que le apuraba con récios com-
 » bates, perdió la esperanza de poderse sustentar en el
 » reino de Marruecos; así que, falto de consejo y desespe-
 » rado se salió de secreto y de noche de la ciudad, con
 » ánimo de pasar á la fortaleza del puerto grande que tenia
 » muy fortalecida (Mers-el-Quebir), donde esperaba que
 » vendrian sus naves para pasar á España; salió pues en
 » una yegua suya muy generosa y célebre por su ligereza
 » que se llamaba Rahihana, que no tenia par entre todas
 » sus yeguas y caballos. Era la noche muy oscura, y el Rey
 » iba harto turbado, temeroso de caer en manos de sus ene-
 » migos, y llegando á una alta y atajada barranca pare-
 » cióle con la oscuridad que toda la tierra era igual, y se
 » despeñó de allí abajo, ó tal vez la yegua se espantó,
 » y asombró del mar con las sombras de la noche, y así
 » murió, donde fué hallado á la mañana hecho pedazos, y
 » tambien la yegua allí orilla del mar. Lleváronle á Abdel-
 » mumen, que le mandó clavar de un sáuce, y envió la
 » cabeza á Tinmal: los Almoravides no supieron esto has-
 » ta que lo oyeron de sus enemigos; con esto cayeron de
 » ánimo, y pocos dias despues entró Abdelmumen por
 » fuerza de armas en Whrán, en el mes de Muharram del
 » año 540 (1145).»

Demuéstrase por este relato, que es de los más curio-

sos y detallados que he leído sobre esas guerras entre los musulmanes de Africa, que el caudillo de los almohades, Abd-el-Mumen, poseía grandes cualidades militares. No desmayaba por los contratiempos y derrotas, y mostraba tan inalterable serenidad para salvar las reliquias del ejército, como actividad enérgica para rehacer sus fuerzas y volver á la lucha. Conocía las propiedades é índole de su gente y las de los contrarios, y utilizaba los accidentes del terreno cual general experto y prudente, ante un ejército enemigo que era muy superior al suyo en número y organizacion, y sobre todo en caballería. Las algaras, las correrías y movimientos de guerrilla, tan habituales á los africanos, no le estorbaron para maniobrar hábilmente en masas cuando á ello se vió obligado cerca de Tlemesen, donde el orden de batalla que adoptó en un cuadro con salidas para su caballería en los momentos oportunos, le hace mucho honor y digno de la victoria que alcanzó.

Tomada la ciudad de Orán, así como la fortaleza cercana de Mers-el-Quebir, fué á estrechar el cerco de Tlemesen, que dejó pendiente y que ganó tambien despues de largo sitio, pasando á cuchillo á los moradores con horrible crueldad; é inmediatamente dirigió sus miras sobre la gran ciudad de Fez, delante de la cual asentó su campo.

Los cercados hacian diariamente fuertes salidas con escogida gente y bien ordenada; y daban rebatos y conti-nuas escaramuzas que molestaban en extremo á los almohades.

«Viendo Abdelmumen que el cerco se alargaba y
»que los de la ciudad se defendian con mucho valor, dis-
»puso una estraña estratagema que le valió más que todas
»las otras máquinas con que en vano la combatia. Allegó
»gran cantidad de leños y cortados árboles y con ellos man-
»dó labrar un murallon que atajase el rio que entra por en-

»medio de la ciudad. Ayudaba á su propósito la natural
 »disposicion de la tierra pues viene el rio por un estre-
 »cho valle ó cañada: represó con aquel recio muro toda
 »la corriente, formóse un grande y maravilloso estanque,
 »hasta que subiendo el agua hácia atrás parecia un mar
 »capaz de grandes naves. Levantadas á mucha altura las
 »aguas se derramaban ya por los campos, y buscaban
 »nuevo cáuce. Entonces Abdelmumen hizo de una vez
 »romper aquella muralla y con ímpetu y horroroso es-
 »trueno fué la inundacion á dar en los muros de la ciu-
 »dad y se llevó y arrancó hasta los cimientos de una gran
 »parte de ellos, destruyendo tambien los edificios, casas
 »y puentes que la ciudad tenia.»

A pesar de ese terrible efecto, el segundo del gober-
 nador Abd-Aláh-el-Gieni acudió valeroso con gente á las
 puertas cercanas de la gran brecha, y áun salió mandando
 la caballería para dar sobre los enemigos que, como no lo
 aguardaban, se vieron sorprendidos y les costó trabajo
 repelerlo; pero despues del estrago que causó la inunda-
 cion, viendo se repetian las escaramuzas sin vislumbrar
 se terminase el sitio y teniendo disgustos con su superior
 el Amir Yahye, se concertó con Abd-el-Mumen y le abrió
 las puertas de la ciudad.

A esas victorias siguieron otras en Africa y en Espa-
 ña, hasta vencer completamente á los almoravides y que-
 dar el soberano almohade hecho señor de aquellos domi-
 nios á uno y otro lado del estrecho de Gibraltar.

En el año 553 (1158) se determinó á emprender otra
 grande expedicion hácia Levante para rescatar de los cris-
 tianos de Sicilia la ciudad de Mahedia (Africa), que gana-
 ron tiempo antes, y ponerla en posesion del príncipe Al-
 hasen, que habia casado con una hija suya.

«Escribió á las provincias, allegó mucha caballería y
 »gente de á pié innumerable: partió de Medina-Salé para
 »Oriente, y el orden y disposicion de sus marchas era de

»esta manera: No principiaba á marchar sino despues de
»la Azala de Azohbi, poco antes de salir el sol y algo des-
»pues de rayar el alba. Para marchar se hacia señal al
»campo con un atambor grande hecho á propósito, redon-
»do, de quince codos, de cierta madera muy sonora, de
»color verde y dorado; la señal era tocar tres golpes en
»aquel enorme tambor que se oia media jornada en dia
»sereno y sin aire, y tocado en lugar alto; y luego todo el
»campo se ponía en movimiento y comenzaba á marchar
»que todos estaban ya apercebidos. Cada cabila seguía su
»bandera y en la marcha todas iban cogidas, sino la de
»vanguardia que llevaba bandera alta y tendida blanca y
»azul con lunas de oro. Las tiendas y pabellones en acé-
»milas y camellos, y lo mismo la provision con un ejér-
»cito de pastores que conducian los ganados, bueyes y
»carneros que iban para mantenimiento de las tropas.
»Llegó á tener Abdelmumen en su campo setenta mil
»hombres de á pié. Llevaba su ejército dividido en cuatro
»huestes, las cuales caminaban apartadas; cada una lle-
»vaba á la otra un dia delante, para que no faltase provi-
»sion de agua, ni comodidad de lugar, solo caminaban
»hasta medio dia, y desde la hora de adohar acampaban
»y descansaban para marchar al dia siguiente á la hora ya
»dicha. Con este lento paso tardó Abdelmumen desde
»Salé hasta Túnez seis meses, siendo camino de setenta
»dias para gente suelta de á caballo. Cuando el Rey mon-
»taba en su caballo estaban delante de él todos los princi-
»pales Xeques y caudillos de su córte y ejército, los cuales
»hacian con él la Azala, y acabada se apartaban á cierta
»distancia guardando el órden que les convenia. Ciento de
»éstos iban delante á buena distancia en hermosos caba-
»llos con jaeces bordados de oro con franjas y borlones de
»excelente labor, con lanzas tachonadas de marfil y de pla-
»ta con banderolas de cintas de varios colores. Tambien
»llevaba Abdelmumen en sus marchas el Mushaf de Ot-

» man-ben-Afan, el tercer Califa que habia traído á Córdoba
 » Anasir-Abder-raman tercero de los Ben-Omeyas de Anda-
 » lucía, y le tenían en la mezquita grande de Córdoba en
 » tiempo que ocuparon aquella ciudad los caudillos del Rey
 » Abdelmumen, y mandó que se le trajeran y gastó en su
 » adorno un tesoro (1): guardábase en una rica caja de ma-
 » dera preciosa aromática cubierta de planchas de oro em-
 » pedradas de rubíes y de esmeraldas que formaban elegan-
 » tes labores, y en medio de cada plancha un rubí labrado
 » en figura de uña de caballo y de su misma grandeza: las
 » cubiertas interiores eran de tela verde de oro y seda sem-
 » brada de rubíes y esmeraldas y otras piedras muy precio-
 » sas de inestimable valor, y todo envuelto en paños de oro
 » con bordaduras de perlas y todo género de riqueza de los
 » Omeyas, de los Aben-Abedes, Aben-Hudes Almoravides
 » y de la familia de Sanhaga, que todos los príncipes se
 » habian esmerado en su ornato. Llevábase la caja en unas
 » andas preciosas, y en sus cuatro lados iban cuatro ban-
 » deras, y éstas se llevaban delante del rey Abdelmumen
 » y de su hijo Abûl-Aafás que iba con él á su lado: detrás
 » de ellos iban los demás príncipes sus hijos sin mezclarse
 » con su hermano mayor: á éstos seguian las banderas de
 » todas las tribus en su orden y una tropa de atabaleros en
 » grandes caballos con tambores de metal, y los trompete-
 » ros con sus grandes trompas y añafles y demás música
 » de guerra. Luego seguian los Wálies, Alcaldes, Vizires y
 » ministros, y despues toda la demás tropa sin incomodar-
 » se ni estrechase unos á otros. Luego que llegaba la hora
 » de acampar se repartian en sus estancias con orden y
 » repartimiento muy concertado y ninguno podia salir de
 » su alojamiento sin licencia de sus arrayaces. Asimismo
 » era bien concertada la provision del campo y ninguno

(1) Doscientos años más adelante perdieron ese famoso ejemplar del Corán los musulmanes de África en la gran batalla del Salado, y el rey de Castilla Alfonso XI lo cedió como trofeo á su aliado y suegro Alfonso IV de Portugal.

»sentia la falta de su casa pues estaban las provisiones
 »necesarias tan abundantes como en los zoques de las po-
 »pulosas ciudades. Con este innumerable ejército de Al-
 »mohades, Alarabes y Zenetes corria las tierras de Oriente
 »de Africa, y sojuzgó con ayuda de Dios la tierra de Zaba
 »y las fortalezas de estas regiones humillándosele muchos
 »pueblos rebeldes en las comarcas de la antigua Cartago.»

Negándose la ciudad de Túnez á aceptar las condicio-
 nes que la imponia, la dejó sitiada y continuó para Cai-
 ruan; pero volvió despues, cuando supo se habia rendido,
 entregándola al saqueo y al reparto entre sus tropas de las
 riquezas que se hallaron, encaminando luego el grueso del
 ejército hácia Mehedia, que estaba ocupada por tres mil
 cristianos de Sicilia, los cuales eran dueños tambien en
 aquellas costas de Medina Sifakis y de Bona. Estableció
 inmediatamente el cerco aplicando contra sus muros má-
 quinas y *truenos*, así por mar como por la parte de Medio-
 dia, en la que se combatia «desde un sitio estrecho forti-
 »ficado con fuerte muro, tan ancho que podian ir por él
 »dos hombres á caballo á la par. Vinieron al socorro de
 »los cercados doscientas naves de Sicilia con mucha gen-
 »te de armas, máquinas y provisiones, y salió contra ellas
 »el Alcayde y Amir-Abu-Abdala-ben-Maymun con gran
 »número de naves y gente de Andalucía y de Almagreb, y
 »delante de la puerta que sale de las Atarazanas allí se die-
 »ron sangrienta batalla con grave matanza de ambas par-
 »tes; pero vencieron los Muzlimes tomando muchas naves
 »de provisiones, y quemando otras de los enemigos, con
 »grave daño en la gente. Se fué alargando mucho el cerco;
 »pero al fin todo cedió á la constancia de los Almohades,
 »y á los seis meses y nueve dias fué entrada la ciudad por
 »fuerza de armas, degollando á todos los cristianos que en
 »ella estaban sin perdonar vida.» Otros dicen, por el con-
 trario, que á todos los dejó ir libres y con sus bienes para
 Sicilia.

Ganada esta plaza (año de 1160) le fué más fácil reducir las otras que aún tenían los cristianos, y se sometieron á su poder casi todas las comarcas, tribus y poblaciones de aquella parte oriental de Africa desde Tlemesen hasta Barca, dedicándose con afán, antes de regresar á sus Estados de Occidente, á dictar disposiciones de gobierno y administracion, reparar y levantar fortalezas, edificar mezquitas y fundar hospitales y colegios. «En este tiempo (dice el mismo autor ó traductor ya citado) mandó Abdelmumen medir por millas y parasangas las tierras de Africa desde Barca hasta Velad-Nul en Sus Alaksa, por su largo y ancho, deducida geométricamente una fraccion tercia por los montes, asperezas, rios, lagos y rodeos necesarios de los caminos,» y por esa medida hizo y señaló los límites y términos de los pueblos, ciudades y comarcas, así como el reparto de las contribuciones de toda clase; demostrando en ello que no era ménos entendido en la ciencia de gobierno que en la del mando militar, y que si amaba y sabia hacer la guerra, conocia tambien el mejor modo de utilizar la victoria en beneficio de la paz y adelanto de sus pueblos.

EXPEDICION DE SAN LUIS Á TÚNEZ.

En el año 603 de la Hegira (1206) obtuvo el gobierno de Túnez y de gran parte del Africa por los almohades un jefe llamado Abd-el-Ouahid, ó Abu-Mohamed, que murió en 1222, sucediéndole su hijo Abu-Fâress. El prestigio de la familia de los Beni-Hafs y el ejercicio del poder, le indujo á la independencia, declarándose soberano; pero fué desposeido á poco por su hermano Abu-Zakarya, quien temeroso de los almohades se les sometió despues. Su hijo Abu-Abd-Aláh no quiso imitarle, y tomando el

título de El-Mostanser-biláh se declaró rey é independiente; y llevaba ya diez y ocho años de disfrutar el trono, cuando en 669 de la Hegira (1270 de J. C.) se verificó contra él la empresa de los cristianos que se vá á referir.

Lejos de decaer la fé y el ánimo del rey Luis IX de Francia (el Santo) por los desastres de su primera cruzada en 1248, pensó en la segunda desde que regresó en 1254, mas no le fué dable realizarla hasta 1270. Al objeto constante de combatir á los musulmanes y á la idea piadosa, uníase entonces para dirigir á Túnez esta expedicion, segun se asegura, el interés que tenia en ella el rey de Sicilia, Cárlos de Anjou, hermano del de Francia, de obligar á aquel Estado africano á satisfacer un tributo anual de que habia prescindido estando sujeto á él por tratado con el emperador Federico II. El armamento y los preparativos se hicieron en el Mediodia de la Francia, pensando la mayor parte que se iria á la Tierra Santa; y en tal concepto se embarcó la expedicion en Marsella y Aigues-Mortes el dia 1.º de Julio y se dió á la vela el 4, constando, á creer lo que algunos aseguran, de mil ochocientos buques de todas clases, principalmente franceses, genoveses y catalanes, con un ejército cuya cifra no es tampoco bien conocida, pero que los más prudentes valúan de sesenta mil hombres de las mismas procedencias. Contrariada por el tiempo borrascoso, recaló la armada el 8 en Cagliari (Cerdeña), y allí se la unieron los buques y los contingentes de Nápoles y Génova, así como el Legado del Papa, el rey de Navarra, el conde de Flandes y Thibault de Champagne; los cuales, agregados al hijo mayor del rey, á sus otros dos hermanos Juan y Pedro, á su hija la reina de Navarra y al conde de Artois, formaban una lucida corte.

En un consejo que allí se celebró, dió á conocer Luis IX su pensamiento de caer sobre Túnez para con-

quistarlo, como situacion importante respecto al Egipto y á la Tierra Santa, desde donde, siguiendo en poder de los mahometanos, estarian siempre en peligro las expediciones cristianas. Opusieronse algunos con varias razones á ese proyecto, pero prevaleció la voluntad soberana y el día 15 continuó la escuadra su navegacion para la costa de Africa, llegando el 17 á la vista de las ruinas de Cartago.

El almirante Florent de Varenne reconoció la playa con algunas embarcaciones ligeras, y encontrándola desierta se mandó el desembarco para la mañana siguiente. Multitud de árabes acudieron en ademan de disputarlo, mas huyendo al acercarse las barcas que llevaban tropas, pudo ejecutarse la operacion tranquilamente, aunque dicen que en tal desórden, que se hubiera hecho imposible á presentar resistencia los indígenas. Formado el ejército en batalla, estableció su campo allí mismo, donde tomó tierra, siendo en él la fuerza principal de franceses de infantería, subdivididos en cuerpos con las banderas y denominaciones de las ciudades y provincias de que procedian.

Empleáronse dos dias en el desembarco del material de toda clase, teniendo que sostenerse varias refriegas al ir á buscar agua dulce á unas cisternas, porque se carecia de ella en la playa; y por fin el 21 se trasladó el ejército sobre el fuerte de Cartago, estableciéndose en lugar conveniente y abundante de agua. Al inmediato, 22, se tomó la fortaleza por un destacamento de la marina, y el rey ordenó se rodeara el campo de un atrincheramiento, á fin de estar en él bien resguardado mientras permaneciese, como se propuso, á la expectativa de lo que hiciera el enemigo, y aguardando la llegada de su hermano el rey de Sicilia y de los cruzados ingleses.

«Envalentonados los árabes por la inaccion de los cruzados, iban todos los dias á escaramuzar alrededor de

»su campo. Si salian contra ellos, huian; y despues, en
 »cuanto los franceses, fatigados de perseguirlos en vano,
 »se retiraban al campamento, se revolvian acosándolos
 »con una lluvia de flechas y dardos. Era exactamente la
 »misma clase de guerra que hacen en nuestro tiempo» (1).

Un día se pasaron tres árabes diciendo querian ser amigos de los franceses y hacerse cristianos, y á poco les siguieron otros ciento que parecian tener iguales intenciones, pero que cayeron de repente á lanzazos sobre los curiosos y desarmados que acudieron á verlos, y se escaparon á la carrera despues de matar ó herir á sesenta.

«Desde ese día, los ataques fueron más vivos y frecuentes. Las tropas, fatigadas de las continuas alarmas, pedian á gritos que se acabara aquello, haciéndolas marchar á Túnez; mas el rey se obstinó en aguardar á su hermano. Pronto los cruzados, privados de víveres frescos, reducidos á la galleta y á la carne salada, no pudieron escapar al desaliento, á las fiebres y á la disentería. El terrible viento del Sur, que soplaba con violencia y continuidad, daba á aquella triple peste un carácter espantoso; y todavía se dice que los árabes trabajaban para aumentar el mal, levantando arena y sacudiéndola hácia el campo cristiano. Mas la epidemia no tardó en alcanzarlos á ellos y en hacer tanto estrago como en los cruzados. Enfermo Abd-Aláh, y sofocado de un calor extraordinario aún en aquel clima, descuidó su ejército y no sacó partido de sus ventajas. Por una y otra parte doblaban la cabeza bajo la poderosa mano de Dios, que agobiaba á los dos ejércitos.»

(1) Traduzco este párrafo y algun otro de Mr. E. Pellissier en el tomo VI de la *Exploration scientifique de l'Algerie: Memoires historiques et geographiques*, donde dá una buena relacion de la segunda cruzada de San Luis. Los principales textos de la lista que pone de los que se valió, son la vida y crónicas de dicho santo rey por *Guillaume de Nançis*, *Geoffroy de Beauvien* y *Guillaume de Chartres*; la *Historia de Sicilia* por *Malespina*; las cartas de *Pierre Conde*; la *Historia de Florencia* por *Juan Villani*; la *Historia de Africa* de *Rami-el-Koïrvan*; la de las Cruzadas de *Michaud*, etc. etc.

La muerte no tenia preferencias, y lo mismo sucumbian soldados que jefes: sucesivamente fallecieron muchos de los personajes más distinguidos, y la dolencia atacó al jóven hijo del rey, Tristan, conde de Nevers, que espiró á bordo de un buque, adonde le llevaron para que su padre, á pesar del santo estoicismo y la admirable resignacion que mostraba, se evitara tan cruel dolor; pero poco tardó en seguirle. Conociendo su próximo fin, dió á su hijo mayor las instrucciones convenientes, se despidió de todos, y cumplidos los deberes religiosos entregó su alma pura al Criador el lunes 25 de Agosto á las tres de la tarde.

Su hermano el rey de Sicilia, que llegó apenas habia espirado San Luis, tomó el mando superior, pues el hijo mayor y heredero, Felipe el *Atrevido*, se hallaba tambien enfermo de peligro.

El 28 de Agosto hubo una reñida accion cerca de la Goleta, mientras la escuadra hacia penetrar en el Estaño algunas embarcaciones para atacar por allí á Túnez, y en ella pereció el almirante Florent de Varenne.

«Los días siguientes renovaron los árabes su sistema
 »de escaramuzas para atraer lejos á la caballería francesa
 »y acosarla luego en su retirada; pero en dos ocasiones
 »fueron ellos mismos víctimas de tal estratagemá, por haberlos alcanzado los cruzados y causádoles enorme daño;
 »y por último sorprendieron su campo, que entregaron al pillaje sacando considerable botin. Entonces el rey de Túnez pidió la paz, de que ya habia hecho indicaciones secretas á Cárlos de Anjou, consintiendo en restablecer el antiguo tributo, aunque no en pagar los atrasos que reclamaba el rey de Sicilia; pero por fin, obligado por la necesidad, se avino á lo que se le exigia. Cárlos anunció al consejo que se le habia pedido la paz y que creia deber acordarla. La opinion contraria fué sostenida por algunos miembros débilmente, pues cada uno para sí deseaba volverse á su país. El rey Felipe, fuera de peligro

»ya, estaba endeble y aquejado todavía, y además con su
 »mujer en cinta, por lo que era natural deseara regresar
 »y tomar posesion del reino. El legado del Papa habia fa-
 »llecido y nadie representaba la unidad cristiana en aquel
 »ejército que tendia á disolverse por sí mismo. Convinie-
 »ron pues en la paz, imponiendo por condicion el pago de
 »los gastos de la guerra, de los que cada señor esperaba
 »tener su parte, y fué enviado á Túnez para concluir el
 »tratado Geoffroi de Bellemont.»

Las principales condiciones marcadas en los ocho artículos del tratado, fueron: proteccion y seguridad en los Estados de unos y otros reyes contratantes para los súbditos cristianos ó musulmanes que en ellos morasen ó fuesen por asuntos de comercio; que los religiosos cristianos podian establecerse en los Estados de Túnez, construir casas, capillas y cementerio, y celebrar sus oficios en el interior; que los tráfugos y rebeldes no tendrian asilo ni proteccion; que se devolviesen recíprocamente los prisioneros; que los cristianos evacuarian lo antes posible el territorio, así como los cruzados del príncipe Eduardo de Inglaterra, cuando llegasen; que duraria quince años el tratado; que el rey de Túnez pagaria por los gastos de la guerra doscientas mil onzas de oro, equivalente cada una á cincuenta de sus piezas de plata por el peso y título, debiendo entregar en el acto la mitad de esa suma y en dos plazos la otra mitad; y, por último, se pagaria al rey de Sicilia los atrasos del antiguo tributo y se comprometia á seguir satisfaciéndolo *doblado* en adelante.

Los cruzados ingleses llegaron pocos días despues de firmado el tratado, y aunque parece no les gustó, como ya no era tiempo de discutirlo, partieron para la Palestina; y las tropas de los reyes de Francia y de Sicilia se alejaron de Africa el 18 de Octubre, y aguardándolas todavía la calamidad de una horrible tempestad en la mar, en que

nafragaron diez y ocho grandes buques y perecieron cuatro mil cruzados.

Así concluyó esa grande expedicion cristiana que en el siglo xvi habia de repetir con más fortuna sobre los mismos lugares el emperador Cárlos V; pero que, no obstante ser un drama religioso y caballeresco, ennoblecido sobre todo por la ilustre real víctima que la Iglesia santificó, no puede escusarse la crítica militar que alcanza á su direccion, puesto que en tres meses apenas intentó aquel brillante ejército apoderarse de la ciudad que constituia su objetivo y á cuya inmediacion permaneció encerrado en su campo á la defensiva. Puede explicarse esto, sin embargo, porque el crecido número de enemigos que reunirían los árabes, aconsejase la prudencia hasta que llegaran los contingentes del rey de Sicilia y del príncipe inglés; y tambien es atendible la influencia fatal de la peste entre las filas de los cruzados. Despues de todo, el tratado que al fin se extipuló era cuanto podian desear, y pocas más ventajas habrian logrado aunque adquirieran mayor gloria: los ejemplos de otras muchísimas de las expediciones dirigidas á Africa en los siglos siguientes, apoyan este concepto.

EXPEDICION DE FRANCESES Y GENOVESES CONTRA LA CIUDAD DE AFRICA EN 1390.

Al acercarse el fin del siglo xiv, reinando en Túnez Abu-el-Abbás, de la misma dinastía de los hafsitas, se indispusieron con él los genoveses á consecuencia de ciertos actos de piratería ejecutados desde la ciudad de Mehedía ó Africa, segun la nombraban los cristianos, y se decidieron á apoderarse de ella; pero no contando suficientes fuerzas para la empresa, solicitaron el auxilio ó cooperacion del rey de Francia Cárlos VI, quien lo otorgó

enviándoles un cuerpo considerable en que se contaban mil cuatrocientos caballeros y escuderos bajo el mando de su tío el duque de Borbon, que tomaría el de toda la expedición, y que dos años antes estuvo en España á la cabeza de los auxiliares facilitados á D. Juan I.

Compuesta de cuatrocientas velas la escuadra reunida en Génova, se puso á su bordo el ejército de caballeros y aventureros franceses, genoveses, flamencos, berneses y algunos ingleses, así como de diez y ocho á veinte mil genoveses ó italianos, la mayor parte ballesteros y *arbalstreros*; embarcóse la artillería (1), los víveres y demás aprestos, y emprendió la navegacion hácia el día de San Juan del año 1390, á remo y costeano, con el más hermoso aparato bélico. Muchos señores de alta posición acompañaban al duque de Borbon, nombrándose entre ellos al almirante Jean de Vienne, á Guy de la Trémouille, al conde de Eu, á un hijo del conde de Foix, al caballero de Beaufort, bastardo del duque de Lancastre, y al señor de Coucy.

Al cabo de algunos días de navegacion y detenciones al ancla, y de sufrir vientos contrarios, que dispersaron una parte de la flota, arribó á la isla de *Connimbres*, á treinta millas de la costa de Africa, señalada como punto de reunion, donde con ese objeto permaneció nueve días. Despues continuó hasta dar vista á las torres de la ciudad de Africa, fondeó durante la noche y á la mañana siguiente se puso en movimiento en el mejor orden, desplegando las banderas y sonando las trompetas; llegando así á la inmediacion para efectuar el desembarco en el día de la Magdalena (2).

(1) Esta parece ser la primera ocasion en que los europeos hicieron uso en Africa de cañones. Los musulmanes, segun sus crónicas, los emplearon desde muy anterior fecha, y ya se ha visto que Abd-el-Mumen usó de truenos cuando el sitio de esa misma plaza en 1160.

(2) Siendo la Magdalena el 22 de Julio, se vé que tardó la expedición cerca de un mes.

Estaba la playa cubierta de árabes y en ademán de oponerse al desembarco, mas un sagaz y experimentado cheik, llamado Belluis, les indujo á desistir y á retirarse, diciéndoles «que si daban batalla serian indudablemente »batidos, y que por consecuencia la ciudad abriría sus »puertas despues de la derrota; mientras que dejándolos »desembarcar tranquilos se defendería largo tiempo, dando lugar á que consumidos los enemigos por las enfermedades del país, por el calor y por las contínuas escaramuzas, podrian obtener todas las ventajas los árabes.»

La escuadra adelantó unos bergantines que llevaban *briccoles* y *cañones*, para que abrieran el fuego contra la ciudad, y en seguida iban las galeras armadas y los navíos más fuertes por la parte de la Marina, donde habia un castillo y gruesas torres, una de las cuales guardaba la entrada con un *briccole* que asestaba sus tiros á los que se aproximaban. Empezóse y continuó por la noche la operacion, sin la menor novedad, concretándose los de la plaza á observar á los cristianos desde sus fuertes murallas, y los árabes á permanecer á la expectativa en número de treinta mil infantes y diez mil ginetes, procedentes de Túnez y del interior de la tierra, al abrigo de su campo y ocultos en medio de un alto cubierto de bosque.

Establecióse inmediatamente el campamento atrincherado, de bastante extension y llegando á la orilla, para estar en contacto con los buques donde quedaron los víveres: el duque de Borbon plantó en medio su tienda, así como los demás señores y caballeros principales, siendo todos ligeros pabellones; y los genoveses, que eran afamados tiradores de ballesta y arbalete, se pusieron en primera línea por los costados.

Desde el segundo dia, al rayar el alba, se presentaron los árabes á despertar la hueste, «escaramuzando con »gran osadía y habilidad para no aventurarse demasiado,

»cosa que no hacian los cristianos, y se retiraron pasadas dos horas.» Repetido esto como sistema continuo, por la noche ó la mañana, no podian estar nunca tranquilos los expedicionarios; y obligados á vestir las pesadas armaduras, se les hacia penosa la vida, además, por el excesivo calor. Con rara intrepidez aparecian de repente los enemigos á arrojarles dardos y alancear á los que se aventuraban á salir del campo, distinguiéndose siempre sobre todos un gallardo ginete que Froisart llama *Agadignor*; y si una vez dejaron pasar varios dias sin molestarlos, fué con el objeto de inspirarles confianza y descuido para sorprenderlos al intentar asaltarles el campo á media noche. Por fortuna, les dió la alarma un perro que no tenia dueño, pero que iba con los genoveses, y pudieron armarse para rechazarlos, frustrando la acometida; razon por la cual cobró gran celebridad aquel perro, que apellidaron de *Nuestra Señora*, por haberles prestado tan importante servicio con su vigilancia.

Pasados de este modo muchos dias sin intentar nada contra la ciudad, ni aún sitiarla en regla, se fueron convenciendo de que no podian contar con otros medios de subsistencia que los que llevaron en la escuadra, á ménos de hacerlos venir de las Islas ó de Italia, porque no era dable dirigir correrías por la tierra adentro para procurarlos, al paso que á los árabes les llegaban diariamente acémilas y camellos cargados de todo lo que necesitaban; la escasez de agua potable, por ir secándose los pozos, amenazó tambien ponerlos en cruel conflicto, hasta que la suerte les proporcionó hallar bajo la arena un buen manantial: al calor sofocante de Agosto en aquella latitud y playa, se agregó el viento seco y ardiente del desierto que parecia corromper la atmósfera; y por último, se presentó sobre el campo una plaga de moscas dañinas, de que era imposible defenderse, pero que al cabo de una

semana se disipó por efecto de una gran tempestad y lluvia que mató ó alejó esos tábanos y refrescó la atmósfera, pues sin ella todos habrían perecido (1).

Ocurridas otras escaramuzas, desafíos y escenas semejantes á las apuntadas, y cundiendo en el campo cristiano disgusto y murmuracion contra el duque de Borbon, censurado de inercia, de abandono para mantener la disciplina, y sobre todo de impericia, quiso aprovechar la ocasion de hallarse todo el ejército armado, despues de rechazar uno de los amagos frecuentes de los beduinos, para intentar, por ataque *brusco*, apoderarse de la ciudad. Tomaron algunas obras avanzadas, que abandonaron los moros despues de defendidas y causar pérdidas á los asaltantes, pero la resistencia fué mayor en el recinto; y efecto del desórden, del horrible calor, del peso é incomodidad de las armaduras, nada pudieron conseguir, siendo rechazados, dejando muertos sesenta caballeros y muchos soldados. Los moros del campo no sabrían tal vez lo que sucedía, porque si en aquella oportunidad hubiesen atacado á los cristianos, era muy probable lograrán derrotarlos.

Este suceso aumentó las quejas contra el duque de Borbon, poniéndose en cotejo su incapacidad con las simpatías que supo captarse el señor de Coucy: surgieron celos y hablillas entre los franceses y genoveses, y con presencia de todo, temiendo permanecer allí para la entrada del invierno, se acordó en consejo de guerra levantar el sitio y reembarcarse la expedicion. Así se verificó con el mejor órden y disimulo á los sesenta y un días, sin que los enemigos de la plaza ni del campo les molestasen, contentos naturalmente de verlos dejar

(1) Todos los años por la canícula se presenta en Africa, durante ocho ó quince días, esa plaga de tábanos ó moscones verdes causando en personas y ganado gran daño y molestia de que es dificilísimo defenderse. El que esto escribe no olvidará la experiencia que tuvo en 1844 hallándose al Sur de la provincia de Orán.

su tierra sin obtener la menor compensacion á los gastos, sufrimientos y pérdidas de la aparatosa empresa (1).

(1) Me he valido principalmente en este relato de la *Crónica de Froissart*, tomo IV, capítulos XIII, XVIII, XIX, XX, XXI y XXIII. En el tomo I, libro XI, capítulo II de la de Carlos VI por los *Religiosos de Saint-Denis*, traduccion francesa de M. L. Bellagnet, se dá otra relacion circunstanciada que difiere algo de la anterior, pero contiene errores tales como llamar *Cartago* á la ciudad de Africa ó Mehedia. Puede consultarse tambien, acerca de esa expedicion, la obra *Anales genoveses* por *Georges Stella*, y la *Historia de Africa* de *Rami-el-Kairoani*, París 1845, traducida por los Sres. Pellissier y Remusat.





CAPÍTULO VIII.

CONCLUSION.

SUMARIO.—Ojeada general retrospectiva.—Cotejo de sucesos antiguos y modernos, y anotaciones doctrinales deducidas.—Consideraciones finales militares y políticas respecto á las empresas de Africa.

OJEADA GENERAL RETROSPECTIVA,



TERMINADA esta revista de las antiguas guerras de que nos propusimos tratar, es llegada la oportunidad de dirigir una ojeada retrospectiva sobre las diversas dominaciones á que se refieren, á fin de que se perciban y aparezcan en alto relieve sus puntos principales, las circunstancias y motivos de superior órden que influyeron ó que determinaron los grandes acontecimientos, y para despues, por la cita de otros de época posterior en los mismos países, se deduzcan y establezcan, sin prolijo razonar, algunas reglas y consejos de escuela ó doctrina respecto á lo que puede muy bien considerarse y titularse *especialidad característica de las guerras de Africa.*

Cinco dominaciones se sucedieron en el prolongado período histórico recorrido. Cartagineses, romanos, vándalos, greco-romanos ó bizantinos y árabes-mahometanos fueron, unos en pos de otros, dueños de la zona septentrional de Africa; pero casi nunca por largo tiempo en absoluto general dominio, pues á veces se mantenian independientes ó solo sometidos bajo el nombre de aliados algunos Estados de indígenas; lo que, con la frecuencia de inquietudes y movimientos insurreccionales durante muchos años, venia á constituir la situacion normal del país.

La forma particular de aquella república, impedia á Cartago titularse soberana de las extensas provincias en que de hecho imperaba; pero con su comercio, sus factorías y su marina dominaba todo el litoral, al paso que por la política y el interés disponía tambien de las fuerzas de los Estados vecinos ó de las trébus bárbaras, cuando no estaba empeñada con ellas en luchas ó enemistad, como solia acontecer.

Es sabido el grado de esplendor y poderío á que se elevó la antigua colonia de Tiro; mas su grande caida no debe asombrar si se reflexiona que desde el momento de enablada la querella con Roma, se sintieron los vicios de que adolecia y lo quebradizo del material que constituia su fuerza, comparado con el sólido y robusto del de su enemigo. Un Estado en cuyo gobierno predominaban siempre, como base esencial de su política, las miras de interés comercial y de explotacion; una república donde las ambiciones é intrigas de familias ó individuos prevalecian, áun en los días de mayores conflictos; donde el manejo de los gobiernos exteriores les hizo atribuir el título, quizá exagerado, de *fé púnica*, que se ha hecho proverbial en el mundo, y en la que, para el apoyo y defensa nacional, como para ejecutar sus pensamientos, contaba principalmente con tropas extranjeras asalariadas, era